á la muerte (1), sobre las cuales ha escrito muchas veces, explicándolas en períodos llenos de melancolía, grandeza y majestad. Da pena el recorrer tan excelentes obras sin citar nada de ellas, pero el tiempo apura, y no hemos recorrido aún el gigantesco monumento cuya descripción nos proponemos.

De tan divino riego sobre la humanidad ¿qué había de resultar? Debía resultar y resultó una eflorescencia divina, apareciendo virtudes nunca vistas que, nacidas en el suelo sagrado de la Iglesia y solamente en él, ostentarán siempre su celestial fecundidad. Agustín se ha ocupado sucesivamente en tan bellas flores: en la Fe, en la Esperanza, y en el amor con especialidad que ha cantado á menudo y tan sublimemente, que la Edad Media no ha sabido representarle de otro modo que con el corazón en la mano; después ha cantado otras virtudes sublimes también, la castidad, la pobreza, la obediencia, el misterioso estado de las almas enamoradas del Salvador y de las que aspiran al lecho sublime de la cruz, que con su virtud redime y trasforma al género huma-

(1) *Liber de cura gerenda pro mortuis,* n.° 1, 3.—*Enchiridion,* n.° 29.—*Serm.* 31, 32, 38, 96, 124, 345.—*Epist.* 22, 92, 263.—*Epistola consolatoria ad Probum, de obitu filiæ.*

no. Describe luego esta trasformación, que comienza en el individuo, restablecido á su primera dignidad; en la familia que se reconstituye; en la sociedad que se sujeta á las eternas leyes de la verdad; en los desórdenes paganos, que se ocultan; en la santa igualdad que se manifiesta; y aunque el mundo en aquellos años nefastos, que empiezan por Alarico y terminan en Genserico, creyese que la sociedad semejaba á un buque próximo á naufragar, y que á la humanidad le venía su última hora, Agustín niega enérgicamente que el fin del mundo se aproxime, y seguro de que el Cristianismo tiene fuerzas y remedios proporcionados á tantos males, saluda á través de las ruinas un porvenir mejor, vislumbrando los siglos futuros que uno tras otro han de venir, sometiéndose al suave yugo de Jesucristo (1).

Ved aquí una idea y como bosquejo del monumento levantado á la gloria de Dios por el gran

(1) *Liber de fide et operibus.—Liber de agone christiano.—De doctrina christiana,* lib. III.—*Liber de moribus Ecclesiæ catholicæ.—Libri II de sermone Domini in monte.—Speculum seu collectio præceptorum moralium.—Liber de patientia.—Liber de continentia.—Liber de bono conjugali.—Liber de sancta virginitate.—Liber de bono viduitatis.—Liber de opere monachorum.—Liber de catechizandis rudibus.*—Y la mayor parte de sus sermones con gran número de cartas.

genio de Agustín. Todo es admirable en él; la grandiosidad del plan, la belleza de sus líneas, la calidad de los materiales, y la perfección de sus partes, hechas de mano maestra; «y tan »maestra, dice Bossuet, que nada les falta, á no »ser un estilo que participara menos de la época »en que fué concebido el monumento». Pero no »insistamos demasiado en una cosa, al fin secundaria, á presencia de tanto ingenio, de tanta elocuencia, de tanta solidez y erudición, si no queremos que Bossuet nos diga: «Que Agustín ten»ga sus defectos, como el sol tiene sus manchas, »ni lo confesaré ni lo negaré, ni lo rehuiré ni lo »defenderé. Lo que sé con certeza es, que quien »tenga suficientes conocimientos para entender »su teología tan sólida como sublime, celebrada lo »mismo por el fondo que por la forma, no tendrá »sino desprecio y compasión para quienes sin gus»to ni sentimiento de lo grande, se creen autori»zados para, con cualquier pretexto, despreciar lo »que no comprenden (1).»

Concíbese el entusiasmo de los católicos, turbados por tantas herejías y asustados por el ruido sordo del mundo que creían iba á acabarse, al ver surgir el monumento una parte tras otra; hoy una piedra, mañana otra, y cada día nueva ma-

(1) *Defensa de la Tradición,* lib. IV, cap. XVIII.

ravilla. *¡Mil ciento treinta obras en cuarenta años!* Marchaban de sorpresa en sorpresa, y la admiración siempre creciente, les arrancaba gritos de entusiasmo que han llegado hasta nosotros; sintiéndose poseídos de cierto orgullo cristiano que hacía latir sus corazones: pero al saber que este gran hombre y genio extraordinario era el más amable, el más humilde, el más pobre, el más puro y más santo de los cristianos, experimentaban tan grata emoción que les hacía derramar abundantes lágrimas. Las chispas que brotaban de su ingenio, eran pálidos reflejos al lado de las llamas ardientes que salían de su corazón, abrasado en amor de Dios, y á este amor iba unido tal desprendimiento y desprecio de las criaturas, tal deseo de la muerte y tal espíritu de pobreza, que se descubría en las más insignificantes acciones. Su morada era humilde, su cama dura y su mesa frugal; no usando otros vestidos que los que llevaban de ordinario sus clérigos. «Esto podría ser bueno »para un Obispo, decía con amabilidad á quien »le llevaba alguna ropa de valor, pero es de»masiado bueno para Agustín, que es pobre y »nació de padres pobres (1).» En una ocasión de-

(1) «Hominem pauperem, de pauperibus natum.» (*Serm.* 356.)

cía también: «Un traje precioso me causaría ver»güenza: no conviene á mi estado y obligación de »predicar; no conviene tampoco á un cuerpo que»brantado por la vejez, ni en fin, á estos cabellos »blancos que llevo.» Sólo una vez prescindió de la ley que se había impuesto. Cierta joven bordó una túnica para su hermano que era sacerdote, y habiendo ido á llevársela á Hipona, le halló enfermo, muriendo sin poder estrenarla. Agobiada de dolor esta joven, fué á ofrecer la túnica á San Agustín, y el amable y afectuoso anciano, para consolarla, aceptó inmediatamente el regalo, usándola después constantemente.

De un corazón así formado y que se olvidaba de todo por amor á Dios, nacía una pureza angelical que le inspiraba reserva, pudor y precauciones. Recordando sus pasadas faltas, creyendo y diciendo á cada momento que era el más débil de los hombres, Agustín no recibía una mujer en su casa, ni quiso habitar con su hermana y sus sobrinas; y no por ellas á quienes amaba tiernamente, sino porque vendrían sus amigas, y esto, decía él, no conviene en la casa de Agustín, expresándose de una manera que hacía llorar.

Su humildad era extraordinaria: acaso no existió hombre tan admirado, pero cuanto más

le alababan, más se anonadaba. «Vosotros no »conocéis á Agustín», decía muchas veces, y para que cesase la universal admiración, lanzó cuando menos se esperaba, en medio de un mundo al pronto sorprendido, pero luego entusiasmado, el libro de las *Confesiones*. ¡Ah! Existe una manera de confesarse públicamente que no cuesta mucho; pero cuando oigo el acento con que Agustín habla de sus faltas; cuando en lugar de ocuparse sólo de los desórdenes de su adolescencia, de las amistades culpables de su juventud y del nacimiento de Adeodato, cosas todas más ó menos conocidas y buenas para una leyenda, penetra también en lo profundo de su conciencia, manifestando los secretos más vergonzosos; cuando pienso en cierta página de las *Confesiones* y en cierta recaída que no sólo pisotea la fe y la conciencia sino también el honor y la delicadeza, y ante la cual, aun sin quererlo, se siente vergüenza; y cuando considero que esta página ha sido escrita por un Obispo anciano y presentada por él mismo ante sus sacerdotes, ante sus fieles y ante toda la Iglesia, para impedir los aplausos que le tributaban, ¡ah! no se puede menos de exclamar, ¡he aquí la humildad elevada á la mayor altura! ¡no hay cosa tan bella en la historia como esta heroica virtud de San Agustín!

Pero ni la humildad ni la pureza perjudican á la autoridad y ternura de su celo. Es necesario remontarse á San Pablo y llegar hasta San Francisco de Sales, para encontrar un amor de las almas tan fuerte, y al mismo tiempo tan tierno. Como el primero, Agustín no quería ni aun el cielo, si se le separaba de sus queridos fieles. «¡No quiero salvarme sin vosotros, excla»maba: no, Dios mío, yo no quiero salvarme »sin mi pueblo! ¡Ojalá que ocupando uno de »los últimos puestos en el cielo, me vea allí »rodeado de todos mis hijos! ¿Y cuáles son mis »deseos? ¿Para qué hablo, para qué soy Obispo »y para qué estoy en el mundo, sino para vivir »en Jesucristo, y reinar después en la gloria con »vosotros? ¡Esto es mi anhelo, mi honor, mi gloria y mi tesoro!»

En tanto que su caridad y su afecto se manifestaban por gritos de amor parecidos á los de San Pablo, tenía á la vez para con las almas tales ternuras, tan delicadas atenciones y paciencia tanta, que jamás se vieron parecidas, no siendo en San Francisco de Sales. Como el santo Obispo de Ginebra, reprendía á veces, pero con dulzura, con suavidad, temeroso siempre de apagar la mecha que aún humeaba, y queriendo á toda costa obrar como una madre. De cuando en cuando decía: «la gallina, al atravesar sen»deros estrechos, pisa á sus hijuelos, mas nunca »con todo el peso, calentándolos después y no de»jando un instante de ser madre.» Su amor á los pecadores y su amor á los herejes se parecían mucho, y mil veces se echó á los pies de los gobernantes pidiendo clemencia: ofrecía su vida y su sangre, quiso abandonar la Sede, y con este ejemplo los Obispos africanos adoptaron igual resolución para ayudar á las almas. «Pongá»monos de acuerdo, hermanos, pongámonos de »acuerdo, mis amados, decía sin cesar á los here»jes: nosotros os amamos, deseamos veros con nos»otros, y deseamos daros lo que buscamos para »nosotros mismos. No es necesario que seamos »Obispos, gritaba á los trescientos Prelados del »Africa, lo necesario es salvar á nuestro pueblo, »aun cuando para ello debamos sufrir y morir.»

Esta abnegación, esta pureza, esta humildad y amor de las almas, no eran sino sombras, al lado de la grandeza, valentía, familiaridad é intimidad sobrehumanas de su amor á Dios. Pasaba de rodillas ó sentado horas enteras, con los ojos medio cerrados, los labios entreabiertos, inmóvil y como fuera de sí, aun cuando se andaba en torno suyo; y al salir de estas largas contemplaciones, era cuando tomaba la pluma, exhalaba quejas sobre la duración de la vida, sentía movimientos impetuosos hacia la patria

celestial, y escribía las ardientes efusiones de amor que llenan todas sus obras. «Yo os amo, »Dios mío, exclamaba, sí, lo sé, lo siento y es»toy seguro de ello. Mis temores no son servi»les, ni mis esperanzas interesadas. Extinguid »los fuegos del infierno, pues si temo, es porque »amo. Quitad el premio de ante mi vista, ya que »mi gozo, mi esperanza y mi felicidad consisten »sólo en amaros.» Todo su corazón se muestra en estas admirables palabras que Agustín repetía sin cesar: «Vivamos aquí abajo como aprendices de la »vida del cielo, donde toda nuestra ocupación »será amar siempre.»

En semejante vida y pensamientos iba ya envejeciendo el grande hombre: tocaba á los sesenta y siete años, sano así de cuerpo como de espíritu, y conservaba la vista, el oído y las facultades todas en su mayor vigor; cuando, viniendo sobre el Africa espantosas desgracias, destrozaron también su corazón, atacando juntamente la energía de su vida.

El torrente de los bárbaros, cuyas huestes devastadoras hacía un siglo que recorrían la superficie de la tierra, cayó de repente sobre el Africa, sembrando por doquiera la desolación, el pillaje, el asesinato, el incendio y otros mil horrores, sin perdonar ni á mujeres, ni á niños, ni á sacerdotes, destruyendo las iglesias y llevándolo todo á sangre y fuego. «El hombre de Dios, »dice Possidio, vió el principio y los progresos »de este azote divino muy de otro modo que los »demás hombres, porque descubrió males aún »más terribles, los males y la muerte de las al»mas; y, como dice la Escritura Sagrada, *que »quien adquiere ciencia, se prepara á dolores »intensos, y que la gran penetración deseca »los huesos*, Agustín pasó los últimos días de »su ancianidad en tristeza y amargura incom»parables. Siempre tenía presentes las iglesias »quemadas y desprovistas de sacerdotes; las »vírgenes consagradas á Dios expirando al filo »de la espada, ó perdiendo la vida del alma con »la pureza de su cuerpo; los Obispos y sacerdo»tes despojados y reducidos á la última mise»ria; por todas partes descubría los altares profa»nados, imposibilitada la administración de Sa»cramentos, y á multitud de cristianos pidiendo »el bautismo ó la penitencia, y muriendo sin »poderlos recibir. El santo anciano lloraba día »y noche, y el dolor le iba consumiendo (1).»

Bien pronto el ejército de los bárbaros, después de haber talado y destruído todas las ciudades de Africa, excepción hecha de Cartago, Cirta é Hipona, vino á sitiar esta última donde

(1) Possidius, cap. XXIII.

estaban refugiados una multitud de Obispos, sacerdotes y religiosos; como si Dios hubiese querido reunir toda la Iglesia de Africa á fin de que aprendiese de Agustín, cómo se soportan las grandes desgracias y con qué resignación y heroísmo deben sucumbir las naciones cristianas. Él lloraba y gemía con los Obispos, pero su clarísima razón se elevaba á mayor altura. «Sería»mos muy pequeños, decía, si mirásemos como »supremo mal los derrumbamientos de maderas »y de piedras, y las muertes de los cuerpos.» Sus lágrimas corrían previendo mayores males.

Así que, consumido de tristeza y no pudiendo resistir más, dijo á los Obispos: «Hermanos »y padres míos, oremos juntos á fin de obtener »que cesen estas desgracias, ó que Dios me re»tire de este mundo.» Acometido poco después de una fiebre violenta, efecto acaso del dolor que acibaraba su alma, conoció bien pronto que iba á morir. Su corazón tan tierno y tan fuerte siempre, manifestó entonces una especial afectuosidad, empleando sus últimas fuerzas en dictar para los Obispos de Africa una carta admirable, donde les exhortaba á no abandonar sus pueblos, á darles ejemplo de resignación y paciencia, y á morir por ellos y con ellos. Esta carta, su última producción, fué como el canto del cisne, estando bien á su corazón tan grande

exhalar sobre la tumba semejante grito de amor.

Cuando se supo en Hipona que Agustín estaba próximo á morir, fué rodeada la casa por todos los fieles que querían ver á su Obispo por última vez. Los enfermos se agrupan ante su cama, y las madres llevan sus hijos para que los bendijera. Conmovido por tales testimonios de afecto, el moribundo ofrece á Dios sus oraciones mezcladas con lágrimas. Habiéndole pedido un padre que impusiese las manos á su hijo y le sanara, «Si yo tuviese tal poder, dijo sonriéndose el »bondadoso anciano, empezaría por curarme á »mí mismo.» Sin embargo, insistiendo el padre, puso las manos sobre la cabeza del niño, y éste quedó curado.

Pero Agustín no se ocupaba ya en lo que á la tierra pertenecía, ni llamaban su atención las ardorosas manifestaciones del pueblo. Dominado por el amor de Dios que le consumía, y ocupadocon el recuerdo de los pecados que cuarenta años de expiación no habían borrado de su memoria, empleaba aún las últimas horas en purificar el alma. Había hecho escribir sobre tiras de tela los Salmos penitenciales, colocándolos sobre el muro de su estancia; y en los últimos días de su enfermedad leía desde la cama sus versículos, derramando abundantes y senti-

das lágrimas. «A fin, dice Possidio, de que nadie »le interrumpiese en esta profunda meditación, »unos diez días antes de su muerte nos rogó no »permitiésemos á nadie la entrada en su cuarto, »excepción hecha de los médicos. Obedecióseles »puntualmente, y estos diez últimos días pasólos »el grande hombre en completo silencio, atento »sólo á Dios, y ocupado en pensamientos que »eran mezcla singular de arrepentimiento y amor. »Por fin, aproximándose ya su hora postrera, los »Obispos se reunen alrededor del lecho, y entre »sus abrazos y suspiros, el alma del santo anciano »voló al seno de Dios. Hacía setenta y siete años »que Mónica le había dado á luz, cuarenta y tres »que le había convertido con sus lágrimas, y cua»renta y dos que le aguardaba en el cielo. Alipio, »su antiguo amigo, le cerró los ojos, sepultó su »cuerpo, y ¿quién duda que Mónica recibió su »alma, llevándola ella misma al seno de Dios?»

Fué dado á un gran Santo de los tiempos modernos, contemplar durante un éxtasis el encuentro en la eternidad de dos almas, que sobre la tierra se habían amado tierna, fuerte y santamente. San Vicente de Paúl vió descender del cielo en forma de un globo de fuego el alma de San Francisco de Sales, mientras que el alma de Santa Francisca Chantal se elevaba de la tierra en forma de otro globo inflamado; y los dos glo-

bos se aproximaron y confundieron de tal modo que bien pronto no se vió sino una sola llama, que fué á perderse en el cielo.

Algo parecido debió suceder en la muerte de San Agustín. El alma del hijo y el alma de la madre se elevaron hasta el centro divino de su mutuo amor; allí se unieron y, más dichosos que en Ostia, no volvieron á descender: por cierto tengo esto, aunque Dios no lo haya revelado. ¿Y á qué fin había de revelarnos lo que siente el corazón? Quien no halla esto en su alma como necesario, no merece recibirlo de lo alto.

¡Oh Agustín! ¡Bienaventuradas las entrañas que te llevaron, y que en este día se conmovieron inefablemente! ¡Oh Mónica! Abrid vuestros brazos á ese hijo que en todo es vuestro, y gozad para siempre de la felicidad que vuestras lágrimas le han conseguido!